

“El hombre de Papel”

El típico olor putrefacto inundó mis fosas nasales en cuanto traspasé el umbral de la puerta de la habitación de hotel. No era de esperar esto después de que me hubieran informado sobre los hechos: otro asesinato doble en manos del que llamaban “el hombre de papel”. Este nombre ideado por los medios de comunicación era debido a que siempre, en las manos de sus víctimas, se encontraba un muñeco de papel recortado del periódico Time, era su marca personal para poder distinguirse entre los demás delincuentes. La primera víctima, de 28 años, era un varón al que había estrangulado y la segunda víctima, de 24 años, era una mujer que no presentaba ningún signo de violencia, raro, sí, pero ya nos informarían más tarde sobre ello. El equipo de policía trabajaba para recoger cualquier prueba que nos sirviera para atrapar a ese indeseable, pero era minucioso y no dejaba el mínimo rastro. Mi trabajo era simplemente asegurarme de que todas las posibles pruebas llegaran a la comisaría para que más tarde fueran analizadas y clasificadas.

Era un día extrañamente lluvioso. Hacía mucho tiempo desde la última vez que se había visto este fenómeno en Seattle, ciudad caracterizada por su clima árido, así que se agradecía ver llover después de tanto tiempo.

Me encontraba en mi escritorio, donde podía observar perfectamente cómo iban descendiendo lentamente las gotas de agua por el cristal de mi ventana y cómo se iba oscureciendo el cielo cada vez más. Mientras revisaba unos papeles del último caso, me sonó el teléfono. Era mi jefe, el inspector Westfield. Él era un hombre de unos cincuenta años que, para mi mala suerte, contaba con todos los estereotipos de jefe insopportable de las películas. A pesar de eso, hacía bien su trabajo y mientras no se hiciera algo que le molestara, se podía sobrevivir. Descolgué, sentí que al hablar contaba con un sentimiento nunca visto en él, estaba asustado y por ello, yo también. Lo que me dijo a continuación del cordial saludo por teléfono de siempre me puso la piel de gallina: el último cuerpo que habían encontrado estaba, en realidad, vivo. Los detalles me los contaría tras mi llegada a la comisaría, pero el simple hecho de que un muerto haya resucitado en la morgue me anonadaba. Llegué lo más rápido que pude a las oficinas y me encontré con David, el forense, y su cara lo describía todo. Llevaba trabajando desde hacía diez años en diferentes ciudades de todo Estados Unidos, pero nunca había habido un caso como este. Me pidió que le siguiera hasta donde había ocurrido el suceso y eso hice.

La sala de pruebas era una habitación donde colocábamos todos los objetos que tenían que ver con la investigación a tratar y con una pizarra donde analizábamos los sucesos ocurridos antes y después de la muerte de las víctimas. Normalmente ahí siempre estaba el inspector jefe realizando múltiples teorías, algunas muy descabelladas, pero todas aproximándose muy precisamente a la cruda realidad. Yo, como su mano derecha, solía ponerle los pies en la tierra cuando ya sobrepasaba sus límites. Próxima a esta se encontraban las escaleras que descendían hacia el lugar más tétrico del edificio: la morgue. Era un lugar frío y tenía un olor característico que te ponía el cuerpo tenso y te revolvía las tripas. En cuanto llegamos, David me contó:

- Eloise, nunca había visto algo así. Ya sabes lo cuidadoso que soy en este empleo, estaba a punto de realizar la incisión del tórax, por donde siempre suelo empezar, cuando abrió los ojos. La chica empezó a toser lo que comprobaron en el laboratorio que era cicuta, una toxina que provoca una parálisis total del cuerpo y te deja muerto en vida, sin siquiera poder realizar el mínimo movimiento y que, además, mueres. Que una chica haya sobrevivido a algo así es un milagro y una pieza clave en la investigación.– Explicaba David consternado. Seguimos hablando sobre ello hasta llegar a una sala al fondo de la planta, donde se encontraba la víctima y, ahora también, nuestra testigo.

A la chica la habíamos identificado como Charlotte Humee, de 24 años, estudiaba -o más bien estudia, en presente- la carrera de Administración y Dirección de Empresas en la universidad de Whitmore, a unas pocas horas del centro de la ciudad. Según nuestras deducciones, había salido a cenar con su novio, Daniel Eastland, la verdadera víctima. Nos habían confirmado hacía tan solo un par de horas que la causa de su muerte fue por estrangulamiento con un objeto bastante fino, casi como un hilo, lo que le provocó una falta de oxígeno. Ignorando mi consternación sobre el suceso con la mujer, había que continuar con el caso e interrogarla, de eso se ocupaba el inspector, y más tarde organizar los informes, analizar minuciosamente cada detalle y tomar café, mucho café. David ya había llamado a la familia de ambas personas y se encontraban de camino.

Los interrogatorios son una tarea bastante larga: hay que hablar con muchos testigos, investigar sus coartadas, fijarse bien en cada mínimo detalle de la historia... Admiraba el trabajo que realizaba el señor Westfield en ello, siempre conseguía la información que quería y era admirado, envidiado y añorado por ello. Charlotte le había contado que habían acudido al lugar de los hechos a celebrar su aniversario de noviazgo cuando de repente hubo un apagón, que comprobáramos luego en el edificio, después de esto solo recuerda sentir un extraño sabor en su boca y lo demás todo negro. Su actitud era un tanto fría y controladora, como si supiera exactamente qué pregunta le iban a formular en cada momento, aunque yo no sé cómo habría reaccionado al despertarme y que lo primero que vea sea un bisturí a punto de abrirme de arriba a abajo en una fría mesa y con olor a desinfectante. Se había hablado también con sus padres; los padres de él, a lo que debo puntuar lo destrozados que estaban tras la pérdida de su hijo, normal, y el mejor amigo de Daniel, quien se mostró bastante indiferente a los sucesos. Venga, ¿matan a tu mejor amigo y el único sentimiento que muestras es indiferencia? ¿y lo siguiente qué será, que celebren una fiesta en vez de un funeral? No estoy muy segura de qué pensar sobre estos interrogatorios tan poco emocionantes, lo contrastaré con el inspector.

Nos encontrábamos en la sala de pruebas David y yo. Nos habíamos pasado varias horas analizando cada detalle de las cinco víctimas que había hasta ahora cuando entró de repente el inspector Westfield:

- ¿Habéis sacado ya alguna conclusión? ¿Algo sobre el modus operandi?
- preguntaba estresado. Alan Westfield siempre se estresa al no encontrar ninguna salida en los casos. Hombre de unos cuarenta y tantos años, soltero, que se ha dedicado desde que salió de la escuela de policías a

resolver cientos de casos. A simple vista, parece que tenga cinco años menos, va al gimnasio todos los días antes de trabajar y su complexión atlética le hace ver un hombre bastante activo. Suele ser una persona bastante reservada ya que no suele hablar de su familia o de si tiene algún amorío por ahí escondido, pero, cuando se trata de homicidios, se mueve como pez en el agua, aunque su temperamento suela ser un tanto irritante a mi parecer. Sus cambios de humor son tan rápidos que no te da tiempo ni de reaccionar, siempre hay que cuidar bien las palabras que salen de tu boca delante de él, todo un buen jefe.

- Nada, parece que elija sus víctimas al azar, aunque normalmente son jóvenes adultos por lo que parece, pero el resto no hay por dónde cogerlo, parece esto más imposible que que te toque la lotería - Respondió David cansado de este caso. Él era un chico demasiado inocente para realizar este trabajo, parece siempre que vive en su mundo feliz, excepto cuando lo ves abrir cuerpos, claro.
- ¿Y alguna idea sobre las armas homicidas? ¿Acaso habéis hecho algo más que quedarnos mirando la pizarra de las pruebas? Tenemos un asesino suelto en la ciudad, esperando para atacar, tenemos muertos que resucitan en la morgue... ¿Y ahora qué va a ser? ¿personas despedidas en la estación de policía? - Vale, Westfield estaba muy irritado.
- Tenemos un informe sobre las posibles armas que se han podido utilizar en los casos. Sus armas utilizadas se podrían tratar de un cuchillo de caza de doble filo, un puño de hierro y un hilo de pescar. - respondí yo.

El hilo de pescar fue utilizado en Daniel, la última víctima, para ello se necesita una fuerza bastante grande y ser bastante alto, así que nuestro asesino se trata de alguien bastante fuerte. El cuchillo de caza lo usó en sus dos primeras víctimas, descuartizadas en las bañeras de sus casas y con un dibujo a pintura en la pared del baño de un monigote de esos hechos con palos (luego con las otras tres víctimas fue más original y les pegó un papel con la silueta en la mano). Las otras dos víctimas fueron encontradas en un callejón, apaleados y con signos muy claros de violencia. Desde que empezaron estos sucesos, han sido unas semanas bastante duras, la población tiene miedo de salir a la calle y eso les está pasando factura a restaurantes, bares y demás locales de ocio.

- ¿Y la lista de sospechosos?- preguntó Westfield ahora más calmado. Odiaba que nos hiciera tantas preguntas, siempre nos hace pensar que cree que somos unos inútiles en nuestro trabajo cuando hacemos todo lo que está a nuestro alcance para terminar este caso, yo soy la primera que quiero irme a casa a descansar y a tomarme un baño de burbujas.
- De momento tenemos al mejor amigo de la última víctima, Daniel, pero no coinciden con las otras cuatro, no tiene sentido que asesinara a las demás cuando no les une ningún vínculo con las otras. Creo que deberíamos ampliar el rango de investigación e interrogar a cada una de las personas que se encontraban cerca de las escenas de los crímenes porque ahora

cualquier detalle puede resultar una pieza clave para llevar al asesino-Contesta David calmado.

Nada tenía sentido en este caso, y eso se notaba. Hasta que un día ocurrió un suceso inimaginable para nosotros...

Eran las cuatro de la madrugada, yo me encontraba durmiendo en mi apartamento cuando me sonó el teléfono: llamaba David. Me resultó raro que lo hiciera él y no el inspector Westfield. Siempre que sonaba el teléfono a altas horas de la noche se trata de que habían encontrado una nueva víctima y normalmente el primero que acude al lugar es él para dirigir la investigación, puesto que es el jefe y no el forense. De todas formas, ya me lo explicarían en cuanto llegara allí. David me informó sobre dónde habían ocurrido los hechos y rápidamente me dirigió hacia el lugar, una nave a las afueras de la ciudad, un fantástico destino turístico para ir a altas horas de la noche y en el infierno que se ha convertido Seattle. En cuanto aparqué el coche, David me recibió y me informó de los hechos:

La víctima se trataba de nada más y nada menos que de William Ford, el mejor amigo de Daniel. Su cuerpo había sido arrojado a una especie de pozo en el interior de la nave y, según nuestras sospechas, no había transcurrido ni una hora del suceso. Nuestro testigo: un empleado de la nave. La causa de la muerte: la víctima se desangró, pero para obtener más detalles tendrían que llevarlo a la comisaría. Todo este asunto me olía mal, y no era por el olor a muerto, sino porque ni el inspector se encontraba ahí ni la mayor parte del equipo de policías. A la mañana siguiente, David y sus compañeros ya habían sacado toda la información posible del cuerpo en su "oficina". Tal y como me comentó David, lo que había supuesto que pasó era un ajuste de cuentas: los nudillos de la víctima estaban ensangrentados, múltiples moratones por todo el cuerpo... Todos esos eran claros signos de que había habido una pelea, pero la verdadera causa de la muerte fue la misma que la de Daniel, estrangulamiento con un hilo, qué original. Más tarde, tendríamos que revisar las cámaras de seguridad porque, según la teoría de David, en cuanto entró el trabajador a la nave, fue justo cuando nuestro asesino salía de ahí, además del poco tiempo que llevaba la víctima muerta. Según David, llega a entrar el trabajador unos minutos antes y lo hubiéramos pillado con las manos en la masa. Así que, definitivamente, por falta de tiempo nuestro asesino cometió un error: un pelo. En la vestimenta de la víctima se había encontrado un pelo diferente al de la víctima que ya estaba siendo analizado. Esto es un gran motivo de alegría porque puede que en poco tiempo ya tuvieramos entre rejas al culpable de todos estos hechos atemorizantes y al fin podríamos tener el caso cerrado.

David y yo nos encontrábamos hablando sobre un tema sin importancia mientras esperábamos órdenes, algo sobre que ya habían pasado tres días desde que salió el número premiado de la lotería y nadie lo había ido a reclamar aún, cuando apareció al fin el señor Westfield, justo en el momento más esperado. Ya podría haber llegado antes y así nos ahorrábamos el estar esperando sin hacer nada y contar los mismos hechos dos veces casi seguidas. El inspector se sorprendió bastante al escuchar muchas cosas que le habíamos narrado, contando con nuestra supuesta teoría sobre los sucesos de esa madrugada. Lo

más extraño de todo fue que nos agradeció haber estado tan precavidos y atentos sobre este caso y se disculpó –sí, yo tampoco lo había visto nunca disculparse– sobre su tardanza en llegar. Decidimos no preguntarle sobre su paradero la noche anterior ya que hoy parecía estar de un mejor humor que de normal y eso significaba paz y tranquilidad en la agencia.

Nos mandó a realizar un nuevo interrogatorio a Charlotte Hume, nuestra muerta en vida del caso, para ver si nos podía proporcionar mayor información sobre el caso, ya que habían vuelto a matar a alguien de su entorno más cercano. Incluso me atrevería a decir que puede que ella esté implicada en todo esto.

Cuando la vimos llegar a la comisaría, tenía un aspecto completamente diferente a la primera vez que la vi: esta vez tenía una ojeras muy marcadas, los ojos llorosos y la cara pálida. Incluso me atrevería a decir que la notaba más delgada que la ultima vez, quizás dos o tres kilos menos. La acompañamos hasta la sala de interrogatorios y es aquí cuando verdaderamente comenzaba a culminar la investigación. Westfield me había pedido que fuera yo la que realizara las preguntas ya que así era una manera de que practicara más mis dotes persuasivas. A decir verdad, él siempre era el que realizaba estas labores, sacaba la información que quería sin importar cuanto le costara y además era mucho más perspicaz que yo. Eso es lo que nos diferenciaba principalmente y estas divergencias era lo que hacía que se tuviera un puesto más alto o no en la jerarquía policial de esta comisaría. Tenía ya varias preguntas en mente así que se dio por comenzado el interrogatorio:

- Charlotte Hume... Qué casualidad es que no sólo mate un asesino en serie a sangre fría a tu novio y tú resurjas de entre los muertos el mismo día, sino que una semana más tarde también muere William Ford, el mejor amigo de Daniel, quien se mostró bastante indiferente ante la muerte, ¿No te parecería a ti sospechoso? Porque a mí sí que me lo parece.
- No tengo nada que alegar sobre eso, no entiendo por qué me habláis como si me acusarais de todos esos crímenes porque solo un psicópata haría eso, ¿no os dais cuenta de que aquí soy la víctima de todo?– Contestó con la mirada en la fría mesa que tenía delante. Lo que está intentando hacer es persuadirnos y darnos pena para que no indaguemos en lo que de verdad nos está ocultando, que es la verdadera razón por la cual todos estamos aquí.
- Entonces no te importará hablar sobre el origen de todo, tu pesadilla hecha realidad, el catorce de abril, el día en el que despertaste en medio de un laboratorio a punto de ser abierta de arriba abajo, con tu novio envuelto en una bolsa de plástico amarilla y con todos tus planes destruidos. O quizás era el principio de tu planificación, si te librabas de él podrías obtener algo sobre Daniel que te faltaba a ti, pero el caso es que tenías que hacer parecer lo menos sospechosa posible, así que por eso te tragaste veneno esperando que un milagro pasara, pero ahora la pregunta es: ¿Tenías planeado asesinarle a él también con veneno, aprovechaste la llegada de El Hombre de Papel o habías conseguido hacer un trato con él?– Le enseñé una foto de Daniel justo en el momento en el que lo encontraron los policías y ella se quedó callada. No sabía

cómo lo estaba haciendo este comienzo, pero contaba con el apoyo de David al otro lado del cristal, así que muy mal no lo debía estar haciendo. En la sala se hizo un silencio sepulcral, yo estaba esperando una contestación de parte de ella, aunque fuera una negación de alguna parte de los hechos, algo que nos hiciera reaccionar. Aunque a veces el silencio vale más que todas las palabras, especulaciones o gritos que pueda lanzar contra ella.

Pasaron siete minutos y cuarenta segundos –sí, había contado el tiempo– cuando finalmente llegué a la conclusión de que no iba a contestarme nada y estaba haciéndome perder el tiempo.

- ¿No tienes nada que...
- 48.564 – Me interrumpió. Mi cara de confusión debía de ser bastante graciosa. Ese grupo de números... ¿Cómo era posible que no recordara dónde los había escuchado?
- ¿Qué? ¿Qué quieres decir ese conjunto de números en todo esto? ¿Podrías por lo menos colaborar un poco en esta investigación? Porque no sé si es mejor contarme todo a mí o a un juez que te pondrá entre rejas al mínimo despiste...
- 48.564, premio de nueve millones de dólares, ha salido en las noticias más veces que el asesino que andáis buscando. Hasta ahora, lo único que se sabía de él era que el número había sido vendido en el kiosco a una manzana de aquí, pero yo te puedo dar respuestas sobre la relación de esto conmigo, con Daniel, con William y con El Hombre de Papel a cambio de un simple trato. No pido nada más que salir lo más beneficiada posible de este asunto. – Me sorprendí en demasía por lo que escuché, ¿la clave para resolver este caso son cinco cifras que suponen nueve millones de dólares a su acreedor? La verdad, no sabía qué hacer, pero la intriga me carcomía más la cabeza en estos momentos que el uso del sentido común, así que le dije que su colaboración en el desenlace de este caso se tendría en cuenta, aunque esta noche se la pasase seguramente en el calabozo de la comisaría. La cara de Charlotte pasó de parecer una chica que acababa de perder en muy poco tiempo personas de su entorno a un rostro cruel, estaba a punto de confesarlo todo y eso me encantaba.
- Daniel llevaba toda su vida trabajando como matemático y físico y su mayor hobby aparte de eso era apostar en la lotería, cosa que ya casi nadie hacía al considerarlo un sacaperras sin sentido. Lo más interesante de todo fue cuando hace ya dos meses gritó desde el estudio de nuestra casa que había hallado la fórmula de las fórmulas. En cuanto lo oí, pensé que ya había vuelto otra vez a realizar uno de esos tests que hay por internet sobre coeficientes intelectuales y que solo son un conjunto de problemas con truco para engañar al internauta, pero vaya que era la fórmula de las fórmulas. Yo no soy ni física ni mucho menos matemática, apenas las aprobaba en el instituto, así que no entendía muy bien cómo

lo había hecho, pero me contó que había diseñado un algoritmo que era capaz de acertar el número ganador de la lotería con una probabilidad del 95%. Al principio no le creí, pero él seguía viviendo en su mundo fantástico de luz y color por lo que fue a comprar un boleto. Los días previos a la celebración de los premios, habíamos tenido muchas peleas, casi hasta el punto de que nos íbamos turnando para dormir en el sofá de nuestra casa, incluso uno de esos días me llevé a acostar con su mejor amigo, hasta que llegó el día. Ninguno de los dos nos lo podíamos creer. Daniel dijo que se tenía que pensar qué hacer con el dinero y cómo repartirlo, pero yo tenía la necesidad de más. Él llevaba varios días pensando en qué haría, y yo mientras tanto estaba pensando en el modo de librarme de él para quedarme con todo. ¿Cruel? Posiblemente sí, pero seguramente la mayoría hubiera hecho lo mismo que yo. Así que pensé que la mejor forma de quitarle de en medio fuera que lo matara un asesino en serie, nadie sospecharía de mí y todos saldríamos ganando. Además, con dinero y algunos contactos puedes encontrar a quien quieras sin importar dónde esté. Y eso hice, encontré un modo de contacto con él, prometí una recompensa bastante grande e indiqué el día y el lugar donde ocurrirían los hechos. Él hizo todo lo que le pedí, excepto lo del veneno, pero eso os lo podrá contar él mismo cuando se lo preguntéis.— Toda esta historia nos había dejado a todos anonadados. Es increíble lo que se puede llegar a hacer por obtener una suma de dinero, por muy grande que sea. Después de que acabara de hablar, se levantó de la silla y se dispuso a caminar hacia la puerta, pero yo la detuve.

- ¿Te piensas que vas a irte de rositas después de todo esto? ¿No tienes nada más que decir en tu defensa? Dijiste que contarías toda la relación con William y, además, eres la clave de esto, tú eres la única que tiene respuestas para todo. Así que, si no piensas decir nada más, unos muy buenos compañeros de trabajo te acompañaran a tu celda a unos metros de esta sala, ¿De acuerdo?— No sabía como salir adelante en esta situación, nunca me había ocurrido nada igual en mis cuatro años trabajando en este oficio, nunca pensé que sería tan fácil sacar la historia completa de esta.
- No diré nada más sin estar en presencia de mi abogado.

Habían pasado tres horas desde la confesión de Charlotte, su abogado estaba de camino. Lo único que necesitábamos ahora mismo es que nos dijera el nombre de El Hombre de Papel y, con suerte, a ella no le caerían más de quince años de prisión. O quizás lleguemos a un acuerdo por colaboración y sólo la ingresen en un psiquiátrico durante menos tiempo. Justo cuando el reloj de pared marcaba las doce, el abogado entró por la puerta de la comisaría. Lo dirigimos con su cliente para que hablaran sobre su estrategia a seguir, pero Charlotte estaba en una posición un tanto comprometida, sólo esperábamos que terminase de contar todo y ya podríamos dar este asunto como caso cerrado. Cuando terminaron de hablar, lo dirigimos de nuevo al interrogatorio, esta vez con David a mi lado y no en la zona detrás del cristal, y fue cuando su abogado decidió hablar.

- Obtendréis de mi cliente toda la información necesaria para la finalización del caso a condición de que ella obtenga la pena mínima posible en comparación con sus delitos y la seguridad necesaria para que El Hombre de Papel no cobre su venganza contra ella. Creo que es una oferta que más os vale no rechazar.– Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que lo mejor es hacerle caso a este hombre y aceptar. Lo importante aquí no es cuántos años va a pasar ella en prisión, sino atrapar al Hombre de Papel lo antes posible para evitar más muertes. Miré a David, buscando apoyo, y me asintió con la cabeza, con lo que les dije que aceptábamos el trato a cambio de obtener la mayor información posible. Toda la sala nos quedamos mirando a Charlotte, esperando respuestas, y ahí fue cuando dijo su nombre:
- El inspector Westfield no es quien os dice que es. Además, mató a William Ford a sangre fría en esa nave industrial porque lo iba a delatar, ¿Quién es el cobarde ahora, eh? – Preguntó mientras miraba el cristal, donde se encontraba nuestro verdadero asesino todo este tiempo. – Creo que es lo único que me queda por decir, ¿Alguna pregunta? – David y yo nos miramos consternados. Tras escuchar esas palabras, un ligero escalofrío me recorrió toda la espalda y se me revolvió el estómago, a punto de vomitar; pálida y destrozada por este desenlace tan caótico. Todo este tiempo había estado trabajando con un asesino en serie que mata por diversión propia y nadie de esta comisaría nos habíamos dado cuenta. Claro, él debió de alterar el análisis del veneno de Charlotte, pero ella ni siquiera lo sabía, sólo para encubrirla y que nadie sospechara de su plan. Lo único que no había tenido en cuenta y no había caído era en que al matar a su amante, ella iba a ir a por él con lo más valioso que tenía sobre él, la verdad. David informó rápidamente que cerraran todas las puertas de la comisaría para evitar su huida y un gran grupo de policías armados salió en su caza. Ya lo habíamos atrapado y todo había terminado, o eso creíamos todos.

La noticia se estuvo escuchando hasta días después del juicio, la gente se encontraba entre aliviada y asustada, ¿Cómo no estarlo después de que el que se supone que tiene que proteger a los ciudadanos acaba siendo el que los aniquila a sangre fría. Westfield, tras su captura, lo confesó todo. Su única razón para justificar la muerte de las otras víctimas, aparte de la de Daniel y William, fue la diversión. Aún recuerdo ese sabor en la boca que se me puso al escuchar sus palabras, todo este asunto me resultaba vomitivo. Al final le habían caído cuarenta años de prisión por asesinato múltiple y a Charlotte diez años por cómplice de asesinato. David y yo decidimos tomarnos unos meses de descanso, fuera de la ciudad, para descansar de todo este asunto, nos fuimos durante una semana a una granja a unos kilómetros de la ciudad, para disfrutar un tiempo de la naturaleza. Después de todo, habíamos desenmascarado a El Hombre de Papel, y no podíamos ser más felices.

Ya me encontraba de nuevo en mi casa, volviendo a observar por la ventana la lluvia, tal y como el primer día. Eran las tres de la mañana y no había podido conciliar el sueño desde hacía tres días. Justo cuando estaba a punto de quedarme traspuesta en el sofá, sentí un hilo fino alrededor de mi garganta,

imposibilitándome la respiración. Lo último que oí fue un susurro en mi oreja diciendo: "Te equivocaste de persona, Eloise Sephard, y eso te va a costar la vida. Ahora dime, ¿prefieres ahogarte o desangrarte? Para que veas que no soy tan mala persona, te doy a elegir." Lo siguiente que recuerdo es la sensación de miedo recorrerme cada rincón de mi cuerpo, el sonido de las gotas de agua resbalando por el cristal, siento cómo mis recuerdos se dispersan, una ligera descarga en mi columna vertebral y, finalmente, cierro mis ojos.

Primer premio categoría de 15-18 años, 120\$
18-05-2018